

EL ÚLTIMO GENIO DEL SIGLO XX

YURI KNÓROSOV: El destino de un científico

Galina Ershova

AKADÉMICA




akal

COLECCIÓN AKADÉMICA
Lingüística / Ensayo / Biografía



AKADÉMICA

Diseño de interiores y cubierta: RAG
Fotografía de portada: Irina Fiódorova

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra incluido el diseño tipográfico y de portada, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento escrito por los coeditores.

Primera edición: septiembre de 2020

D.R. © 2020 Galina Ershova.

D.R. © 2020 Centro de Estudios Mayas Yuri Knórosov.

Calle 61 443, Parque de la Mejorada, Centro, C.P. 97000 Mérida, Yucatán, México.

Autora: galkorgi@gmail.com

D. R. ©2020 Edicionesakal S. A. de C. V.

Calle Tejamanil, Manzana 13, Lote 15, Sección VI, Pedregal de Santo Domingo, Coyoacán, C.P. 04369, Ciudad de México, México.

Tel. (55) 56 58 84 26

coedicionemx@akal.com

www.akal.mx

ISBN: 978-607-8683-29-1

ISBN Ebook: 978-607-8683-40-6

Impreso en México

Galina Ershova

EL ÚLTIMO GENIO
DEL SIGLO XX

YURI KNÓROSOV:
El destino de un científico



EL ÚLTIMO GENIO DEL SIGLO XX

YURI KNÓROSOV: El destino de un científico

El nuevo libro de la autora rusa Galina Ershova, titulado *EL ÚLTIMO GENIO DEL SIGLO XX. YURI KNÓROSOV: El destino de un científico*, presenta la biografía del gran investigador ruso Yuri Knórosov (1922-1999), quien descifró en los años cincuenta la escritura jeroglífica maya con base en los códices mayas, ofreciendo al mundo por primera vez la lectura de estos antiguos textos. Su descubrimiento abrió nuevos horizontes en los estudios de la cultura maya y en general de Mesoamérica. Recibió la condecoración de la Orden del Águila Azteca por parte del Presidente de México y la máxima distinción honorífica de la Orden del Quetzal de manos del Presidente de Guatemala.

La autora del libro Galina Ershova, doctora en historia y directora del Centro de Estudios Mesoamericanos Yuri Knórosov de la Universidad Estatal de Rusia de Humanidades, fue alumna y colaboradora del gran científico. Es autora de 13 libros y más de 300 artículos dedicados a los temas de la historia y epigrafía maya, religión, arqueoastronomía y antropología.

En el libro se relata un destino dramático y al mismo tiempo fascinante, en el cual, como en un espejo, se refleja una época extremadamente complicada en la historia de Rusia. No es casual que el mismo Knórosov se caracterizara irónicamente como un «niño de los tiempos de Stalin». Sin embargo, toda su vida prueba que cualidades como la nobleza y la infamia, la valentía y la cobardía son universales y propias del ser humano, sin depender de las épocas, sistemas políticos, o circunstancias.

El texto se basa en documentos de archivos, así como en entrevistas y recuerdos de las personas que conocieron a Yuri Knórosov. Estos testimonios aparecen en el apéndice del libro. Además, por vez primera se publican muchas cartas y documentos relacionados con la vida de Knórosov, así como ilustraciones hasta ahora desconocidas.

Sin embargo, el texto se lee como una novela que revela muchos misterios increíbles, tratando diferentes temas de la vida de Knórosov, incluso a mayor profundidad que lo relatado por Michael Coe en su ya famoso libro *Breaking the Maya Code*. Esto hace que la obra sea interesante no solo para los investigadores académicos, sino también para el público general.





Monumento a Yuri Knórosov en Mérida, Yucatán, México.

Prólogo (edición en español)

Yuri Knórosov, el gran genio ruso que a principios de la década de 1950 logró descifrar la escritura jeroglífica maya cuando muchos otros, en mejores condiciones, lo habían intentado sin éxito, fue una figura legendaria incluso en vida. Este libro es sobre él, sobre su vida y su obra. Se trata de la biografía más completa y original que, considero, se haya dedicado a un académico. Y tal logro es, sin lugar a dudas, mérito de las excepcionales cualidades de su autora, la doctora Galina Ershova.

Galina Ershova es doctora en historia, especialista consolidada en el estudio de los antiguos mayas, investigadora de la Universidad Estatal de Rusia de Humanidades, fundadora y directora del Centro de Estudios Mesoamericanos Yuri Knórosov de Moscú, e impulsora de los estudios interdisciplinarios en Rusia. Con respecto a Knórosov, no hay persona que haya podido escribir mejor esta biografía que ella. La razón de este cumplido, que en definitiva no es gratuito, radica en que no solo fue discípula de Knórosov, sino que también fue colaboradora activa, como ninguna otra persona, en todos los proyectos que el mayista ruso desplegó en la etapa tardía de su vida. La constante interacción sostenida con él durante sus colaboraciones le permitió a Ershova conocer a fondo no solo al académico Knórosov, sino también a la persona; no solo conocer su obra, sino también su vida. La admiración y el aprecio originados durante esta interacción se reflejan en la notoria calidez con la que fue escrito este libro, a diferencia de la frialdad de las biografías típicas; además, el especial talante literario de la autora le otorga el agregado de crear en el lector la sensación de estar en el sitio de los acontecimientos narrados, de estar al lado del propio Knórosov. En esto radica justamente una de las singularidades de esta obra.

La vida de Knórosov fue rica en sucesos, tanto satisfactorios como amargos, también en paradojas y momentos inesperados, mucho de lo cual no se conocía, y menos aún se sabía cómo todo ello influyó en la obra del mayista ruso. Galina Ershova logra transmitir al lector todos estos pormenores de manera magistral. Ella se sirve de sus propias memorias, de los dictados y cartas que le enviaba el propio Knórosov, y de entrevistas tomadas a familiares, amigos y colegas del distinguido descifrador. Pero hubo momentos enigmáticos de la vida de Knórosov que la autora tuvo que reconstruir, y lograrlo implicó asumirse como detective y escudriñar todos los archivos posibles en busca de los datos necesarios, fueran documentos, fotos o incluso los dibujos de la infancia, entre otras evidencias. Especial atención se presta al tema de la alta formación académica que recibió en la Unión Soviética. La exposición de la vida de Knórosov está desde luego situada por la autora en su debido contexto histórico, de tal suerte que gracias a esto el lector tendrá la oportunidad de conocer, además, detalles bastante interesantes de la historia de la URSS, de Rusia y de sus instituciones académicas, y conocerá de qué manera estas circunstancias históricas influyeron en el desarrollo de la obra de Knórosov.

En contraste con otros trabajos biográficos, este libro representa además un profundo análisis historiográfico de la obra de Knórosov. Los intereses del científico ruso estaban relacionados no solo con la escritura jeroglífica maya, sino también con una vastedad de asuntos que partían de la visión interdisciplinaria –avanzada para su tiempo– que tenía sobre el mundo. Los temas que abarcan las publicaciones del genio ruso, además de la escritura maya, son de lo más diverso: desde la escritura de la Isla de Pascua hasta los vestigios de chamanismo en una de las variedades del Islam, pasando por el arte del Paleolítico, entre muchos más. Huelga decir que los conocimientos de Knórosov eran enciclopédicos.

Pero también están los trabajos teóricos, entre ellos los relacionados con el ámbito de la comunicación. El propio Knórosov afirmaba que los resultados de sus estudios sobre los antiguos sistemas de escritura del mundo en realidad le servían como confirmación de sus posturas teóricas generales sobre el papel de la comunicación, y sus medios de transmisión y fijación en las complicadas interrelaciones existentes entre

los miembros de las sociedades en los procesos universales de desarrollo. Todas estas posturas fueron reunidas por Knórosov bajo el concepto de *semiótica étnica*. Destaca el hecho de que los trabajos teóricos del científico ruso sobre este tema tienen una amplia proyección y aplicación; prácticamente cada una de sus ideas puede servir de base para desarrollar corrientes científicas independientes o para abrir los marcos de las visiones ya existentes. Yo mismo tuve la fortuna de conversar con Knórosov al respecto en su departamento de San Petersburgo.

Sin embargo, la inmensa mayoría de los trabajos donde Knórosov expone todas estas ideas, más allá de la escritura maya, permanece sin publicación en Occidente, y por lo tanto se encuentra sin la adecuada valoración académica. En ese sentido, Galina Ershova cubre esta carencia, al exponer por vez primera en su obra de manera clara y detallada las posturas teóricas de Knórosov acerca de la inmensidad de problemáticas que estaban en la esfera de sus intereses. Es una invitación además a desarrollar lo que bien otros han llamado *estudios knorosovistas*.

Como el lector será testigo a través de las páginas de este libro, personas de la altura de Knórosov no siempre son bien recibidas. No faltaron los menosprecios y las críticas de parte de colegas carentes de la preparación adecuada; pero tampoco el oportunismo, las intrigas e incluso las traiciones hacia su persona, mismas que el epigrafista superó con argumentos y autoridad moral. Hasta la fecha no falta el despistado que, desde su gran ignorancia y minúscula visión, desdeñe los trabajos de Knórosov, incluso en la misma Rusia. Desde Eric Thompson, los «argumentos» siempre han sido risibles, enfocados en errores minúsculos de forma. Lo más interesante es que el mismo Knórosov siempre reconocía sin problemas cuando se equivocaba, como se evidencia en la correspondencia que mantenía con sus colegas. Su gran aportación no se reduce entonces a detalles aislados, sino a su gran acierto en los planteamientos teóricos, en el desarrollo de los métodos de análisis y en la aplicación exitosa de estos. Y es así como se debe valorar la obra de Knórosov: por su teoría, método y resultados; no por los detalles. No entenderlo así es no estar al nivel de la gran ciencia.

Por último, este libro forma parte del gran esfuerzo que Galina Ershova ha invertido no solo para mantener la memoria de Yuri Knórosov y divulgar su obra, sino también para hacer realidad los sueños del genio ruso. Un momento crucial en este sentido fue la acertada decisión de Ershova de fundar en 1998 el citado Centro de Estudios Mesoamericanos de Moscú, de cuyos orígenes yo fui partícipe en 1997. El desarrollo reciente y a gran escala de los estudios mayas en Rusia, y la consolidación de sus reconocidos epigrafistas actuales, no se podría entender sin el admirable e incasable ahínco de Galina Ershova. Fuera de Rusia, la autora ha fundado además, con el apoyo de diversas y nobles organizaciones locales, centros de estudios mayas tanto en Mérida, Yucatán, México, como en Guatemala, con el mismo objetivo de desarrollar los estudios de Knórosov.

En síntesis, esta obra puede considerarse con seguridad como parte de aquel reducido grupo de textos cuya lectura siempre deja a uno, como lector, la sensación de no solo haber adquirido nuevos conocimientos, sino también de haber aprendido realmente de la sabiduría de los grandes maestros.

Alejandro Sheseña
Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

PRÓLOGO (edición en ruso)

El libro sobre el genio de Knórosov

No recuerdo que últimamente se me hubiese presentado la oportunidad de leer un libro escrito de una forma tan viva y además, evidentemente tan profunda (el trabajo duró casi 20 años) acerca de la historia de la ciencia y que la escribiera una alumna, acerca de su querido y único Maestro. El libro de Galina Ershova resultó ser precisamente así. Se lee de un solo tirón. El hecho de que de vez en cuando saltara unas cuantas páginas de referencias al contexto no significa nada en lo absoluto: más o menos así es como lees una novela policiaca cuando tratas de seguir el desarrollo de la trama para, lo más pronto posible, llegar hasta el desenlace. Además, se nota que todo el texto está impregnado de la relación personal de la autora con el Maestro, es decir, con Yuri Valentínovich Knórosov, así como con otras personas y sucesos. Este libro fue escrito por una persona apasionada, y eso se revela en cada una de sus páginas.

La historia del desciframiento de cualquier escritura antigua siempre es única, y siempre, o casi siempre, es el resultado de la combinación de una labor persistente, planificada y probablemente algo fastidiosa, – pero acompañada de brillantes y geniales revelaciones, después de las cuales (aparte del hecho del descubrimiento del secreto de esta escritura) nuevamente pasan décadas, si es que no siglos, de trabajo diario de muchas generaciones de científicos. Por lo regular cada texto nuevo resulta ser fragmentario debido a la antigüedad y lleva a otro enigma.

A pesar de que tenía como 12 años cuando conocí la historia del desciframiento de la escritura de los antiguos mayas realizado por Yuri Knórosov y que cuando preparaba mi doctorado en Leningrado vi varias veces al gran Knórosov, ambas cosas fueron apenas contactos

superficiales. Este libro, finalmente, da la oportunidad de descifrar el misterio en la conformación de la genialidad de este científico, de comprender al menos un poco mejor en qué condiciones se hizo uno de los descubrimientos del siglo y cómo, posteriormente, fue la vida del gran descifrador-lingüista, historiador y etnógrafo.

Mediante la figura de Knórosov, con quien Galina Ershova tuvo la suerte de aprender la ciencia, en un recorrido por su biografía, sus palabras, cartas, artículos y libros, los recuerdos de sus contemporáneos y los textos de archivo, la autora del libro soluciona un doble desafío. Página tras página ella nos sumerge cada vez más profundamente en el mundo del genio Knórosov; pero no solamente en su propio mundo, sino también en toda la historia contemporánea del país. En las complejidades de las relaciones humanas, en las que a sabiendas o involuntariamente Knórosov resultaba estar, la autora destaca las páginas poco conocidas de la historia de la Universidad Estatal de Moscú, del Instituto de Etnografía de la Academia de Ciencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) (ahora Instituto de Antropología y Etnología de la Academia de Ciencias de Rusia), del Museo Estatal de Etnografía de los Pueblos de la URSS (ahora Museo de Etnografía de Rusia), y de la Kunstkámara; asimismo destaca a aquellas personas que ayudaron o que pusieron obstáculos al científico. De esta forma, el libro resultó mucho más amplio y panorámico de lo que se podía esperar de un ensayo biográfico.

Desde luego, quienquiera que conozca este libro sacará algo bueno para sí mismo. Pero me gustaría que un detalle no escapara a nadie. Es cierto que a veces pagamos nuestras deudas; también que edificamos monumentos a nuestros grandes antepasados y hablamos bien de ellos después de la muerte. Es realmente importante hacerlo. Pero el libro de Galina Ershova nos enseña algo más: el arte de hacer el bien que ayuda –no solamente a los genios, sino a todos nosotros–, a no dejar nada para después y hacer lo que le gusta a cada uno aquí y ahora.

Dmitri Funk

Director del Instituto de Antropología y
Etnología de la Academia de Ciencias de Rusia

A MANERA DE PRÓLOGO:

Relación del autor con el contenido

*Únicamente con un enorme placer se habla de Knórosov.
Es la inspiración de la genialidad...*
Mira Gueffen-Rozhanskaya

Yuri Valentínovich Knórosov. Las palabras de Mira Gueffen-Rozhanskaya transmiten como nunca aquel estado de inspiración cuando escribes de él. Su biografía, llena de duras pruebas, coincidencias, paradojas, e incluso mistificaciones, corresponde completamente a la típica leyenda sobre su personalidad de genio. Knórosov se llamaba a sí mismo «hijo de los tiempos de Stalin». Todavía en vida del científico, las personas que lo conocían narraban diferentes versiones de los mismos episodios de su vida. Al parecer, por eso mismo Yuri Valentínovich me propuso una vez anotar su propia versión de los sucesos «clave», y subrayó que para él eso era sumamente importante ya que, de lo contrario, «después de mi muerte los periodistas van a inventar mentiras». Ahora queda completamente claro que, dictando literalmente los momentos más complicados de su vida, tema por tema, estaba preparando el texto de su propia biografía.

Pero lo que más asombra es lo otro: mi trabajo con los documentos, los archivos e incluso con los documentales cinematográficos ha mostrado que su evaluación de lo que acontecía frecuentemente se diferenciaba bastante de las opiniones de sus colegas, amigos y enemigos. Yo misma fui testigo de muchos sucesos y sé que la gente que hablaba de él no mentía. Aún más, algunos documentos revelaban a veces una imagen completamente diferente. Trabajando con todo este material, de vez en cuando no podía deshacerme de la sensación de que sacaba minuciosamente uno tras otro los esqueletos escondidos y

destruía de manera forzada sus mistificaciones, las cuales desde mi punto de vista eran absolutamente inocentes. Nunca me dejaba en paz una pregunta: ¿Por qué le importaba tanto guardar los secretos acerca de sí mismo incluso después de su muerte? Muchas de sus cartas dirigidas a mí terminaban con una nota: «Destruir después de haber sido leída». Además, quiero confesar que aún quedan algunos secretos que no me he atrevido a revelar. Es probable que todavía no haya llegado la hora de hacerlo. Han pasado 20 años desde el día de la muerte de Knórosov y en todo este tiempo no me he sentido una historiadora o biógrafa, sino, más bien, de cierta forma una psicoanalista y, a veces, una detective. Estuve escribiendo este libro durante dos décadas y todo el tiempo trataba de entender: ¿Cómo se sentirá ser un genio? ¿Qué precio tiene que pagar un genio por poseer este don divino? ¿Sería la agobiante soledad el precio que tanto torturaba a Knórosov?

Si seguimos la historia dramática de la creación del mundo narrada en el libro maya-quiché *Popol Vuh*, vemos que al principio los dioses habían creado a las personas semejantes a ellos y se habían asustado de ello:

Fueron dotados de inteligencia; vieron y al punto se extendió su vista, alcanzaron a ver, alcanzaron a conocer todo lo que hay en el mundo. Cuando miraban, al instante veían a su alrededor y contemplaban en torno a ellos la bóveda del cielo y la faz redonda de la tierra.

Las cosas ocultas (por la distancia) las veían todas, sin tener primero que moverse; en seguida veían el mundo y asimismo desde el lugar donde estaban lo veían.

Grande era su sabiduría; su vista llegaba hasta los bosques, las rocas, los lagos, los mares, las montañas y los valles. ¡En verdad eran hombres admirables!

Además, los dioses decidieron perfeccionarlos y les dieron la posibilidad de conocer el mundo:

Y en seguida acabaron de ver cuánto había en el mundo [...] Hemos sido creados, se nos ha dado una boca y una cara, hablamos, oímos, pensamos y andamos; sentimos perfectamente y conocemos lo que está lejos y lo que está cerca. Vemos también lo grande y lo pequeño en el cielo y en la tierra [...] Acabaron de conocerlo todo y examinaron los cuatro rincones y los cuatro puntos de la bóveda del cielo y de la faz de la tierra.

Y ahí es cuando el Creador y el Formador se preocuparon:

No está bien lo que dicen nuestras criaturas, nuestras obras; todo lo saben, lo grande y lo pequeño, dijeron. Y así celebraron consejo nuevamente los Progenitores: —¿Qué haremos ahora con ellos? ¡Que su vista sólo alcance a lo que está cerca, que sólo vean un poco de la faz de la tierra! No está bien lo que dicen. ¿Acaso no son por su naturaleza simples criaturas y hechuras (nuestras)? ¿Han de ser ellos también dioses? [...] Refrenemos un poco sus deseos, pues no está bien lo que vemos. ¿Por ventura se han de igualar ellos a nosotros, sus autores, que podemos abarcar grandes distancias, que lo sabemos y vemos todo?

Lo dicho-hecho: la naturaleza de las criaturas divinas fue cambiada: «Entonces el Corazón del cielo les echó un vaho sobre los ojos, los cuales se empañaron como cuando se sopla sobre la luna de un espejo. Sus ojos se velaron y sólo pudieron ver lo que estaba cerca, sólo esto era claro para ellos. Así fue destruida su sabiduría y todos los conocimientos...».[1]

Por precaución de los dioses, los hombres se volvieron diferentes y llegaron a ser ordinarios. Pero, a veces, aparecen de repente entre nosotros aquellas mismas personas-dioses que casualmente se han quedado y por su singularidad e increíbles capacidades parecen ser extraterrestres. Son pocos, pero son precisamente ellos quienes nos indican un cierto camino secreto del desarrollo y nos hacen recordar la posibilidad perdida de ser idénticos a los dioses. Son aquellos mismos genios raros que llegan al mundo de la gente común y lo revuelven, obligándolo a moverse y a cambiar. Uno de ellos era Leonardo da Vinci quien, reflexionando acerca de la aparición y el objetivo final del ser humano, escribía que la persona era el modelo del mundo que siempre tendía a ir hacia «aquel que lo ha enviado». Por lo visto, Yuri Knórosov pertenecía a estos mensajeros semejantes a Dios (de la versión anterior de los mayas). Por lo tanto, cualquiera que tratara de compararse con Knórosov a sabiendas de esto se vería absurdo, pero por más extraño que parezca, de vez en cuando surgen personajes que intentan hacerlo.

Sea como fuere, el libro surgió como respuesta a una especie de petición que me había expresado mi maestro cuando ya había entendido que su partida estaba cerca. Esta obra comenzó a partir de unas páginas especialmente dictadas por él en mayo de 1997. El 30 de marzo de 1999,

Yuri Knórosov falleció. Por todo ello, considero necesario comenzar por una breve introducción dedicada a la historia de cómo nos conocimos y explicando las dificultades que surgieron a la hora de escribir la biografía de este gran científico ruso.

Conocí a Yuri Valentínovich en 1979. Mis estudios en el Instituto de Lenguas Extranjeras Maurice Thorez en la Facultad de Lengua Francesa me habían brindado varias cosas útiles. Primero, un muy buen francés, que al llegar por primera vez a París me permitió casi pasar por «aborigen». Segundo, saqué una multitud de recomendaciones sumamente útiles de los profesores, tales como: «El esposo es un fenómeno pasajero, pero los documentos siempre deben estar en orden». O, cuando se otorgaba el título: «Trabajarán unos diez años y, probablemente, lleguen a ser especialistas». Tercero, el mismo título de maestría. Cuarto, el gran amor a la lingüística teórica. Quinto, la franca admiración por el intelecto de Yuri Knórosov, quien había descifrado la escritura jeroglífica maya, y el cual –descubrí– a pesar de que se consideraba una leyenda, resultó estar, para mi asombro, absolutamente vivo. Sexto, en calidad de una confesión sincera, diré que me había quedado con la famosa edición de la monografía de Knórosov del año 1963, la cual ya desde entonces se consideraba toda una rareza bibliográfica. Sin embargo, para justificarme aclaro que en la biblioteca científica del instituto de lenguas extranjeras nadie, ni una sola vez, había abierto este libro antes de mí. Por lo tanto, llena de remordimientos de conciencia, me apropié de este libro y oficialmente me declaré arrepentida de la «pérdida», compensándola con otras ediciones lingüísticas más valiosas y caras. El bibliotecario se había alegrado mucho.

Tres años de los diez necesarios para adquirir el profesionalismo ya habían pasado, acompañados de estudios en los últimos años de la facultad y de la crianza de mi hija Anna. Ella había cumplido sus tres años y regularmente estaba presente en las clases acompañándome, e incluso haciéndole observaciones al profesor. Lo bueno era que Anna,

desde los dos años y medio, ya sabía leer los libros que no llevaban dibujos. Sin embargo, ir a clases a una edad tan temprana le ha inculcado para siempre una actitud extremadamente crítica hacia las universidades y un profundo conocimiento de la literatura. Recordando las instrucciones docentes, nunca cambié mi apellido y mis documentos siempre han estado en orden. La presencia del marido siempre la tomé filosóficamente –al parecer, por eso mismo, durante tantos años mi esposo no se ha ido a ninguna parte.

Sin embargo, esta armonía al final no duró mucho. Ni siquiera había pasado un año después de terminar los estudios y ya tenía una rara sensación de que algo en mi vida se me escapaba. Después de tomar los consejos de los colegas en la editorial donde continuaba trabajando, me puse a pensar en la idea de estudiar en la Facultad de Historia. Sin embargo, debido a mi pereza no tenía muchas ganas de hacerlo, aunque me parecía algo necesario para poder dedicarme a los antiguos mayas. La tremenda cruda intelectual postuniversitaria me llevó al entendimiento y visualización del problema. Tenía 23 años y me parecía que el tiempo se desaparecía en vano con una velocidad increíble.

Fue en ese momento cuando me vino a la cabeza buscar a aquel misterioso y genial Yuri Knórosov. Al averiguar que el científico-leyenda trabajaba en el Instituto de Etnografía de la Academia de Ciencias, yo, con toda la sencillez de los pioneros (los pequeños *boy scouts* comunistas de la Unión Soviética), me dirigí directamente a esta institución, que se encontraba en la calle Dmitri Ulianov de Moscú. En el cuarto piso del edificio encontré algo así como una administración del Instituto. De ahí de inmediato me recomendaron que me dirigiera al subdirector, quien resultó ser un personaje sumamente desagradable. Se llamaba Iósif Romualdovich Grigulevich. No conocía en absoluto al etnógrafo con ese nombre, pero no me importó. Inocentemente comencé a exponerle que admiraba a Knórosov, su talento y su descubrimiento genial... En aquel entonces ni siquiera me había pasado por la mente que era aquel mismo «Iósif Lavretski» el que había escrito la biografía del Che Guevara y al mismo tiempo estigmatizaba a la Iglesia católica. Menos podía saber acerca de sus demás capacidades específicas. Sin embargo, si hoy en día alguien se acuerda de este «etnógrafo de traje civil» que me había caído tan mal, se mencionan

únicamente «méritos»[2] completamente distintos. Además, en aquel momento se hizo evidente que la antipatía que surgió entre nosotros era mutua: Grigulevich me miraba con alerta, como si yo fuera una completa idiota o una astuta espía, trataba de averiguar con precisión quién me había enviado y, en esencia, para qué me había presentado al Instituto, –más bien, precisamente ante él. Yo no tuve ni la menor sospecha de que nuestros caminos se habían entrelazado en un momento extremadamente delicado de relaciones entre Knórosov y Grigulevich. Pasado el tiempo, ya nunca se podrá saber qué es lo que en aquel entonces había pensado Grigulevich de toda esta situación a la luz de lo que ocurría, pero trató de deshacerse de la rara visitante lo más pronto posible. Me envió (por lo menos le agradezco por eso) al despacho de enfrente, a ver a Yulia Pávlovna Avérvkíeva.[3]

Yo me había puesto feliz, ya que conocía sus publicaciones y sabía que ella era una gran especialista en las culturas indígenas de Norteamérica. Además, siendo joven había hecho prácticas con el mismísimo Franz Boas. Hasta el momento me acuerdo de la agradable sensación de poder conversar con esta mujer increíble, ya nada joven, reservada y al mismo tiempo llena de afecto. Por otro lado, yo no tenía ni la mínima idea de su asombroso pasado, pero de inmediato entendí que ella era realmente una gran científica e, indudablemente, una excelente persona. Después de haberme escuchado, Yulia Pávlovna me hizo algunas preguntas esenciales y dijo: «Vaya a Leningrado a ver a Yuri Valentínovich. Le daré su teléfono. Puede decir que yo fui quien la recomendé». No creo que haga falta decir que salí muy entusiasmada. Sin perder tiempo, me dirigí a Leningrado.

Llegando a la «ciudad en el Neva» por la mañana, siempre húmeda y fría, a la estación Moskovski, que olía a creosota de las traviesas de madera del tren, encontré una cabina telefónica, marqué el número tan valioso (todavía me acuerdo de él) y, con la garganta encogida por la emoción, llamé a Knórosov. «¿Puede venir ahorita?», preguntó una voz extraña en el otro lado del cable. No entró en detalles y ni siquiera se había sorprendido de la llamada. «Anote la dirección». A duras penas escribí, bajé al metro; luego en tranvía, a través del puente al lado del monasterio Alexander-Nevsky Lavra, me dirigí a la calle Granitnaya. Subí al segundo piso de un edificio verde de cinco pisos, encontré el

número del apartamento y toqué. Abrió una amable mujer de edad, un poco quisquillosa y con voluminoso cabello canoso. Era la esposa de Knórosov: Valentina Mijáilovna. «¿Viene a ver a Yuri Valentínovich?», preguntó ella. Me llevó a un cuarto bastante oscuro y de forma atenta preguntó si no quería tomar una taza de café.

Todas las paredes del cuarto estaban tapadas con estantes de madera con libros. En los bordes de los estantes, con botones, se sujetaba un grueso fleco de cortinas. Del lado derecho, justo debajo de los libros, estaba un viejo sofá muy desgastado sobre el cual estaban tiradas una almohada sucia y una manta.

«¡Yuri Valentínovich, vienen a vertel!», me presentó la mujer. «Ahorita le traigo una taza de café a la niña.» Hacia mí, de una manera formal pero sin sentir muy seguro el piso, caminó una persona muy extraña, bastante encorvada, en un oscuro traje arrugado, con el cabello canoso y desordenado y unas cejas tupidas. Me extendió la mano para saludar –la cual resultó ser muy fría y dura. «¿Qué tal le fue en el viaje?», se interesó él en lugar de saludar, y me miró fijamente con enormes ojos azules ampliamente abiertos. Me impresionó el escritorio grande en el cual también había libros, con el retrato de un gordo gatito siamés en un marco de papel, con la fotografía de una bonita niña en uniforme de escuela (la hija, adiviné yo) y con diferentes figuritas. Allí mismo estaba una botella abierta y una taza.

Cerca del escritorio se alzaba una verdadera tribuna de madera oscura, tal como en una sala de reuniones. Solo posteriormente entendí que le servía a Knórosov como una especie de pupitre para escribir. Él trabajaba parado para dejar descansar la espalda. Debajo de la mesa, a la vista, estaban varias botellas ya vacías, lo que me dejó un poco preocupada. Aunque la situación se volvía más comprensible. Sobre todo quedaba claro que me había tocado ver la culminación del proceso relativo a las botellas. Pero, al decidir que tenía que llegar hasta el final de mi plan, comencé a contarle mi historia. Me presenté: «Galya». Knórosov me miró de una forma extrañamente asombrosa y de inmediato me confundió al preguntar por mi patronímico. Desde el principio no me trató de otra forma que no fuera «usted», «Galina Gavrilovna» y «colega». En la realidad eso era algo a lo que yo no estaba acostumbrada, si tomaba en cuenta mis 23 años y el trabajo en

una editorial donde a todas las mujeres hasta la vejez se les sigue llamando solo por su nombre de pila: Natasha, Marina, Katya.

Pero todavía no habían terminado las sorpresas que me asustaban. «Entonces, ¿qué *carajos* necesitaba?», de inmediato preguntó Knórosov de manera sospechosa. Y nuevamente comencé a contarle que admiraba su trabajo y que quería dedicarme a estudiar la cultura maya...

Knórosov me miró con astucia debajo de sus cejas de lechuza, se volteó al escritorio y comenzó a rebuscar en un paquete lleno de papeles. Me extendió algo como un folleto de gran formato pero bastante delgado y suave con una portada gris: «¿Cree poder traducir eso rápido?» –preguntó–. «Es que me lo está pidiendo la editorial». Me extendió una arrugada hoja sellada –era el contrato que él había firmado con la editorial *Judozhestvennaya Literatura*. Tomé el libro que se parecía a un cuaderno y se titulaba *Cantares de Dzitbalché*. Lo hojeé: una imagen facsímil de los textos mayas con letra latina, Barrera Vázquez, traducción al español... Eso me había aterrado, pero me quedaba claro que no tenía otra opción: si lo rechazaba o comenzaba a hacer preguntas, me echaría definitivamente, haciéndome pasar una gran vergüenza. Entonces, pregunté seriamente pero con un tono estudiantil descarado: «¿Para qué fecha lo necesita?». Sin embargo, Knórosov no se sorprendió en absoluto y contestó: «Pues, como siempre, se tenía que hacer ayer. ¿Puede hacerlo en una semana?». Y yo, sin siquiera pestañear, declaré: «¡Todo estará listo en una semana!». Knórosov, inesperadamente, me dio un duro golpe con el puño en el hombro y balbuceó algo como: «¡Así se hace!». Luego tomó la botella: «¿No gusta?», preguntó, y sirvió en dos tazas. Para mí eso ya era demasiado, incluso en tal situación, y rechacé amablemente. Él bebió y nuevamente preguntó: «Entonces, ¿qué *carajos* necesitaba? ¿Quién la envió conmigo?». Nuevamente comencé a contar mi historia sobre los mayas, Avérkieva, mis posibles estudios en la Facultad de Historia, mi admiración...

Fue en ese momento cuando Knórosov cayó al sofá vencido y parecía que ya no me escuchaba para nada. Llegó un pesado silencio. ¿Se durmió? Me quedé parada un rato, esperé, agarré las desdichadas hojas de los *Cantares de Dzitbalché*, salí del cuarto y me despedí de Valentina Mijáilovna, que de ninguna manera se había sorprendido de

que ya me fuera. Regresé a Moscú atormentándome en el camino con reflexiones sobre lo que tenía que hacer ahora con todo eso...

Traducir los textos me tomó un mes entero. Trabajé de día y de noche. Desde luego, tenía miedo de llamar a Knórosov y salir con mis cuentos de que no me daba tiempo de terminar la traducción en una semana. Me presenté en Leningrado solamente cuando todo estaba listo. Llamé –estaba claro que Knórosov se había alegrado (¡incluso recordaba mi nombre!)– y su voz era completamente distinta de la vez pasada. Me citó en la Kunstkámera.

Yuri Valentínovich me recibió en la puerta de servicio, me llevó al despacho, y me sentó en su maravilloso escritorio al lado de la ventana con vista al río Neva. No podía creer lo que veía; era una persona completamente diferente: un poco ceremonioso, amable, benévolo. Me ofreció un chocolate que sacó de la gaveta del escritorio; preparó el café; me presentó a los colegas del despacho: al maravillosísimo Abram Davidovich Dridzó[4] y a la dulce Galina Ivánovna Dzeniskevich.[5] Luego fuimos al otro bloque del edificio para que me presentara a Irina Konstantínovna Fiódorova, quien desde el primer día se encariñó conmigo y se hizo cargo de mí. Después, durante muchos años, cuando me tocaba viajar a Leningrado-San Petersburgo, me hospedaba siempre en su casa...

Aquél era para los investigadores el día «presencial» en el Instituto, y por lo tanto en los despachos, corredores y lugares para fumar había mucha gente. Me moría de ganas por enseñarle a Knórosov las traducciones. Finalmente, Yuri Valentínovich las hojeó de una forma bastante rápida e inesperadamente anunció: «Pues ¿qué le puedo decir? ¡Magnífico, colega! Vamos a enviarlo a la editorial». Y añadió: «Todo irá bajo su nombre». Literalmente me había quedado con la boca abierta por la sorpresa. No me había pasado por la cabeza la pretensión de tener la autoría oficial, pues consideraba mi trabajo como una diminuta aportación a la posible colaboración.

Desde este momento gané en mi vida a un Maestro, y así es como comenzó nuestro trabajo conjunto, que duró muchos años. No importa que en aquel entonces la editorial Judozhestvennaya Literatura arrogantemente rechazara publicar a una desconocida Ershova «de la calle» (en aquel entonces así es como llamaban a las personas que

venían sin recomendaciones). Como resultado, Knórosov rompió relaciones para siempre con esta editorial. Además, le prohibió publicar cualquier texto bajo su nombre, expresó todo lo que pensaba de dicha casa editora y sus autores, chapuceros que escribían sus banales versos o hacían traducciones del español al ruso y las hacían pasar por poesía maya. Para mí esta historia se ha vuelto una increíble lección –¡Vaya forma de defender tanto a una «colega» que conocía poco, que en sí no era siquiera una aspirante! Anteriormente nadie nunca me había defendido tanto.

Resultó, además, que ya no había ninguna necesidad de estudiar en la Facultad de Historia. Knórosov literalmente declaró lo siguiente: «¿Por qué quiere perder el tiempo haciendo esa tontería? ¡Hay que defender la tesis de doctorado de inmediato! De acuerdo con la ley, usted tiene derecho de hacerlo». Nuevamente me quedé con la boca abierta de asombro. Pero Yuri Valentínovich tenía toda la razón y yo, con su apoyo, rápidamente hice los trámites de mi postulación al Instituto de Etnografía.[6]

Me asombraba que él estratégicamente resolviera los problemas que surgían y no dejara pasar ni un mínimo detalle –cartas de recomendación, oponentes, lista de literatura e incluso el lugar de la defensa, que él había cambiado de Moscú a Leningrado literalmente un día antes de la predefensa. Él creía que el ambiente en Moscú en aquel entonces era bastante «asqueroso» para mí. Desde el inicio, Knórosov siempre me explicaba qué «animal» en el ajeno ambiente académico me era amistoso y cuál de los «animales» era indudablemente el enemigo. Por supuesto, yo me di el lujo de contarle cómo me había tratado Grigulevich en el primer encuentro, cuando me había corrido. Desde entonces Knórosov no lo llamó de otra forma que no fuera «ese canalla». Por otra parte, posteriormente me enteré de que Knórosov tenía sus propios, muy frescos conflictos con «el viejo Romualdych», que no tenían nada que ver conmigo. También me presentó a un amigo confiable: el arqueólogo Valery Ivánovich Gulyaev, que me había dado empleo en el Instituto de Arqueología después de mi defensa de la tesis. Además, me contactó con una encantadora persona, Sergo Anastasovich Mikoyán, el editor en jefe de la revista *América Latina*,

quien me dio la oportunidad de publicar mis artículos científicos e incluso ganar dinero en tiempos difíciles.

Knórosov me ayudó a abrir una brecha en el hermético ambiente académico corporativo donde, en los tiempos soviéticos, desde el principio todo se dividía entre «los suyos» (amigos, parientes y gente fiel a los jefes). Él generosamente compartía conmigo un maravilloso mundo de ciencia verdadera que a él mismo le había costado tanto conquistar. Como vivíamos en diferentes ciudades, nos escribíamos a menudo. Yuri Valentínovich escribía cartas, les hacía copias y se quedaba con ellas. Su estilo característico era colocar un epígrafe al principio de la carta. Una de sus estrofas favoritas, que se repetían, era del poema de Kornéi Chukovski «El teléfono»: «¡Oh, qué difícil trabajo es sacar al hipopótamo de un pantano!». Los epígrafes de inmediato expresaban el contenido y la actitud hacia el tema que se planteaba en la carta. Los he usado para los capítulos del libro. Todavía tengo guardados los sobres y las cartas originales, cuyas copias, junto con todo su archivo restante, fueron vendidas en 2007 por la heredera de Knórosov en Estados Unidos.[7]

Otro detalle más. Sólo con el paso de tiempo entendí que Yuri Valentínovich entablaba relaciones particularmente estables y amigables con aquellas mujeres-colegas que se llamaban «Galina». Su estudiante favorita de doctorado –*aspirantura*– era Galina Avakyants, de origen armenio. Sólo después del fallecimiento de mi maestro me di cuenta de que eso no era una casualidad: durante toda su vida, Knórosov trató de una forma tierna a su hermana Galina, que lo cuidaba desde la infancia y se parecía tanto a su abuela armenia, que era actriz. Así que no cabe duda de que tuve mucha suerte con mi nombre.

¿Qué es mi nombre para ti?

*Va a morir como un ruido triste
De una ola que murió en la lejana costa,
Como un sonido en un bosque nocturno.
En una hoja del recuerdo
Dejará su huella muerta,*

*Semejante a un texto sepulcral
Escrito en una desconocida lengua.
¿Qué es mi nombre para ti?
Lo olvidado desde hace mucho
Entre nuevas y rebeldes emociones,
No deja recuerdos tiernos a tu alma.
Pero en un día de tristeza silenciosa
Pronúncialo añorando:
Existe alguien que me recuerda
Existe en el Universo un corazón
Donde todavía vivo.*

Por lo visto Knórosov, como un profundo conocedor de la literatura, la poesía, y amante de la iconografía, seguía las reflexiones del gran poeta ruso Alexandr Pushkin. Estaba claro que para él la literatura era una cierta forma de adquisición del colectivo de personas afines. Si sus amigos del periodo estudiantil se acuerdan de sus aficiones literarias románticas al estilo de *Dafnis y Cloe*, después, a una edad más madura, él siempre ofrecía a sus colegas una vieja edición de antes de la Revolución, ya gastada, del *Conde Drácula*, ya que en los tiempos soviéticos este libro no se publicaba en el país.

Sin embargo, Knórosov no aceptaba a los autores solo porque éstos fueran admirados oficialmente. A Anna Ajmátova no la consideraba una poetisa. Decía que «nunca había escuchado» acerca de Marina Tsvetáyeva, otra poetisa. Consideraba que *Doctor Zhivago* era una obra literaria bastante mediocre. Por otra parte, contaba con orgullo que estaba familiarizado con el texto original de «Murka» –una canción callejera de inicios del siglo xx. Era su propio estilo knorosoviano de posicionarse. Desde el principio nos había unido el amor a *El buen soldado Schweik*, de Jaroslav Hasek; Knórosov citaba este libro a menudo. Siempre volvía a leer y citar *Nuestro hombre en La Habana*. De por sí Graham Greene era uno de sus autores favoritos –él lo destacaba y apreciaba por una cierta absurdidad doméstica de las tramas y su peculiar humor paradójico. Por algo Yuri Valentínovich también decía, refiriéndose a los dramas de su propia vida: «El sentido de humor es lo que siempre me ha salvado».

Nunca hablaba de sus dramas vividos, y si los mencionaba entonces usaba activamente los caminos literarios, que a sabiendas disminuían la importancia de lo narrado –las paradojas, la ironía, la atenuación. Su humor era precisamente así, paradójico, y a veces estaba a punto de volverse negro. Me acuerdo que a la hora de publicar el texto de Knórosov acerca del poblamiento de América (siempre me pedía que me encargara de sus «editoras» moscovitas) el redactor de una de las editoriales trataba firmemente de quitar u obligaba a cambiar la frase: «A los indígenas les ayudaba una fuerte corriente ecuatorial y constantes vientos alisios que llevaban los barcos y las balsas a las islas de Polinesia, en donde a los marineros con alegría los recibían los caníbales locales». Una vez, para ilustrar «los principios de trabajo de los etnógrafos», me envió un poema del poeta de inicios del siglo xx Vasily Velichko, titulado «Para la reserva»,^[8] escrito en una máquina de escribir:

*Atravesó muchos mares agitados
El abad Fra-Jiménez, obstinadamente y sin tener miedo:
Recorrió muchos países para sembrar granos de la fe
En zonas silvestres de corazones de pobres bárbaros.*

*Entonces, para ganar victorias espirituales,
Él al Océano Pacífico fue llevado por la ola
A las Islas lejanas. Sus pies tocaron
El arrecife de coral donde vivían los canibales.*

*Allí lo recibieron tiernamente:
En aquel momento los bárbaros estaban saciados...
Y, al sentarse debajo del cactus, el misionero venerable
De inmediato comenzó la lucha contra el mal y la ignorancia.*

*En particular, se rebeló contra el canibalismo.
Pero los bárbaros le contestaron a coro:
«¡Oiga! Estamos obligados a comer a la gente:
¡No hay otro remedio para no morir de hambre!*

*De vez en cuando puede haber aves en los bosques
O muchos peces que nos dan las aguas marinas,
Pero, después, llega tal periodo del año
¡¡¡ Cuando sólo queda aullar como un lobo!!!*

*En aquel entonces con toda la tribu nos sentamos en las piraguas
Y corremos a la guerra por las olas rabiosas
A ajenos poblados donde a los valientes
¡ Ya les han preparado los alimentos los dioses preocupados!*

*Al derrotar a los enemigos debajo del refugio de la oscuridad nocturna,
Llevamos a sus esposas a la casa, pero no a todas:
Dejamos a la tribu las esposas jóvenes y alegres,
A las ancianas las llevamos para comerlas...».*

*Pero Jiménez interrumpió: «¡Asqueroso! ¡Fi! ¡Qué feo!
¡Podría evadir todos estos horrores!
¡¿Amigos, no será mejor comer los pájaros y los pescados?!
¡Les enseñaré a preparar hábilmente para la reserva!*

*«¡Oh sí!», exclamaron los bárbaros entusiasmados.
Jiménez pensó: «¡Oh, Dios, qué rápido
En sus almas crecieron los granos de amor y fe,
En su ceguera penetró un rayo sagrado del amanecer!...»*

*Estuvo mucho tiempo, para el espíritu y para el cuerpo,
Logró enseñar muchas cosas útiles.
Y, al bendecir a todos, se fue a continuar
Su asunto sagrado entre otras tribus.*

*Los meses y los años pasaron volando;
Volvió a llegar el abad ante los caníbales, que ya veían luz.
Todos se han alegrado: «¡Padre nuestro! ¡Para siempre se han
Terminado las dolorosas desgracias!*

*¡Bienvenido! ¡Con la ciencia mágica por un siglo
Salvaste de la hambruna a tus hijos!
¡Porque ahora siempre tenemos de reserva*

Unas ancianas saladas!...»

Todos los colegas de Knórosov tenían copias de este texto escrito en máquina de escribir. La misma trama de la poesía estaba construida absolutamente de acuerdo con espíritu de Yuri Valentínovich, correspondía a su sentido del humor y mostraba cuánto no aguantaba la hipocresía –en cualquier forma o manifestación era capaz de sacarle de sus casillas. Me acuerdo de que en uno de los congresos yo propuse mi ponencia relacionada precisamente con aquellos Cantares de Dzitbalché, traducidos otrora en un mes. En la ponencia, en particular, se trataban los sacrificios humanos. Esta era mi primera ponencia en un evento académico importante, por lo cual yo estaba muy nerviosa. Cuando llegó la hora de hacer preguntas, se levantó un tal Vladimir Kuzmischev, con pinta de un gran ideólogo, y comenzó a declarar que «nosotros, como personas soviéticas, indudablemente criticamos los sacrificios». Yo estaba parada escuchándolo, mientras daba vueltas en mi mente una frase que pronunciaba un niño en la película soviética de Georgiy Daneliya: «Tío Pedro, ¿eres un imbécil?». Me contuve, sin embargo, no se me ocurría qué se debía contestar en tales casos. Y ahí fue cuando salió Knórosov enfurecido y partió en pedazos toda esta demagogia hipócrita sin sentir mucha pena en emplear algunas expresiones, pero de una forma bastante académica. Era una brillante lección para toda mi vida: aguantar cualquier golpe incluso en las situaciones más absurdas y siempre, sin limitarse, dar un comentario exhaustivo.

Knórosov a veces me expresaba su «envidia»: «Usted es una persona feliz; todavía no ha leído tantos libros...». También era parte de su estilo. Además, siempre me recomendaba algo que fuera necesario para leer, me prestaba o incluso regalaba uno u otro libro. Al parecer durante toda su vida le gustaron mucho las novelas policiacas –desde las más clásicas, como las de Arthur Conan Doyle y Agatha Christie, las cuales se sabía de memoria, hasta las nuevas «fabricadas en cadena», que aparecieron en la década de 1990.

Probablemente, por último, hay que mencionar un detalle relativo a los regalos. Él regalaba con gusto a las personas cualquier cosa suya si

esta les gustaba. Y a la pregunta: «¿Por qué se lo regala si a usted mismo le gusta eso?», Yuri Valentínovich contestaba: «¿Y para qué voy a regalar algo que a mí no me guste?». Y eso también llegó a ser una especie de lección.

Yuri Valentínovich era muy conmovedor cuando llegaba a Moscú y se hospedaba en nuestra casa. Siempre platicaba con gusto con mi esposo «don Guillermo». Discutía algo con mi hija «señorita Anna», para quien era casi su abuelo (los hijos de todos los colegas simplemente lo adoraban), y le traía al gato Mujtar una raíz seca de valeriana como regalo...

Todo el círculo íntimo de Knórosov sabía que él inevitablemente inventaba un apodo para cada persona –característica semejante a los apodos de guerra de los indígenas. Estos apodos podían cambiar a medida de los sucesos que ocurrían en su vida y las acciones que realizaban. En la primera etapa de nuestra colaboración él había declarado solemnemente que mi apodo iba a ser la «zorra sin cola», lo cual me había ofendido un poco, pero no protesté. En aquel entonces todavía no había llegado a entender su teoría de comunicación. Después de la defensa de mi primera tesis de doctorado, lo cual por lo visto mi Maestro identificaba como la iniciación, oficialmente pasé al status de «zorra con cola». Cuando se publicó mi primer libro él, con su astuta sonrisa característica me entregó una tarjeta postal en la que estaba representada una zorra con una cola exuberante que corría y llevaba en la boca a un bello gallo que lanzaba alaridos... Knórosov se veía extremadamente contento: ¡Encontró un exacto enfoque semiótico! Cabe señalar que, una vez entrando a su sistema de imágenes, ya era posible comunicarse con él solo mediante palabras clave –el destinatario ya conocía la supuesta connotación. Cuando comenzaron nuestros viajes a Guatemala y México, el auditorio se reía mucho al escuchar mi traducción de las ponencias de Knórosov: él pronunciaba una u dos palabras y luego yo, durante varios minutos, explicaba qué era lo que quería decir.

Algunos detalles relacionados con las «enseñanzas» del Maestro se mencionarán en los capítulos de libro. Como algo paradójico se puede recordar que yo desde el principio había tenido la oportunidad de conocer a Knórosov de forma muy sencilla y cercana. Sin embargo,

resultó que por casualidad una amiga mía de la escuela era hija de un amigo de Yuri Knórosov, el poeta infantil Valentín Bérestov. Después de varios años de conocernos, Yuri Valentínovich decidió presentarme a Valentín Bérestov y le costó comprender por qué nosotros ya nos conocíamos tan bien... La vida siempre es más rica que los esquemas y está llena de paradojas.

Entonces, ¿qué tiene que ver mi biografía con este libro? Como tuve la suerte de trabajar junto a Yuri Knórosov a partir de 1979, presento muchos hechos, opiniones y observaciones con base en mis propios recuerdos, notas y en los mismos textos que fueron dictados y enviados en múltiples cartas por Yuri Valentínovich, que dejaba en ellos su propia versión y su forma de ver lo sucedido. Cabe destacar que incluso las historias más inimaginables que contaba Knórosov, por más raras que sonaran, siempre resultaban ser verdaderas. Sin embargo, muy a menudo los testimonios de otros participantes de aquellos lejanos acontecimientos claramente contradecían la posición de Knórosov. Precisamente por eso, en algunos casos presento diferentes versiones, para que el lector trate de armar por su propia cuenta ese fino mosaico de la vida ajena.

A partir de 1980 muchos sucesos, de alguna u otra forma, tuvieron lugar con mi participación o la de los miembros de mi familia. Por eso mismo el resumen también incluye la narración en primera persona. A la hora de escribir la biografía, indudablemente, el principio cronológico parece tener lógica. Pero Knórosov, antes que otra cosa, era un científico genial y, por lo tanto, algunos temas se construyen alrededor de un problema científico y no alrededor de una cronología.

Como resultado, quisiera advertir que este texto biográfico, que se escribió durante un muy largo periodo debido a diferentes motivos, tiene diferentes géneros e inevitablemente sufre de eclecticismo. Además del texto alberga reconstrucciones históricas, recorridos biográficos, en algunas partes investigaciones propias de un detective, y también el contenido de diferentes archivos, documentos, recuerdos y entrevistas.